

Pelusa 79



TUCAN

Un cocodrilo en mi habitación

ANDRÉS GARCÍA VILARIÑO

47

edebé



6.^a
edición

Pelusa 79

Andrés García Vilariño

Un cocodrilo en mi habitación

Ilustrador: Xan López Domínguez

edebé

Pelusa 79

Título original: *O crocodilo na habitación.*

© Andrés García Vilariño, 1994.

© Ed. Cast.: Edebé, 1994

Paseo San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte.

Diseño de la colección: David Cabús.

Ilustraciones interiores y cubierta: Xan López Domínguez.

Traducción del propio autor.

6ª edición

ISBN 84-236-3696-8

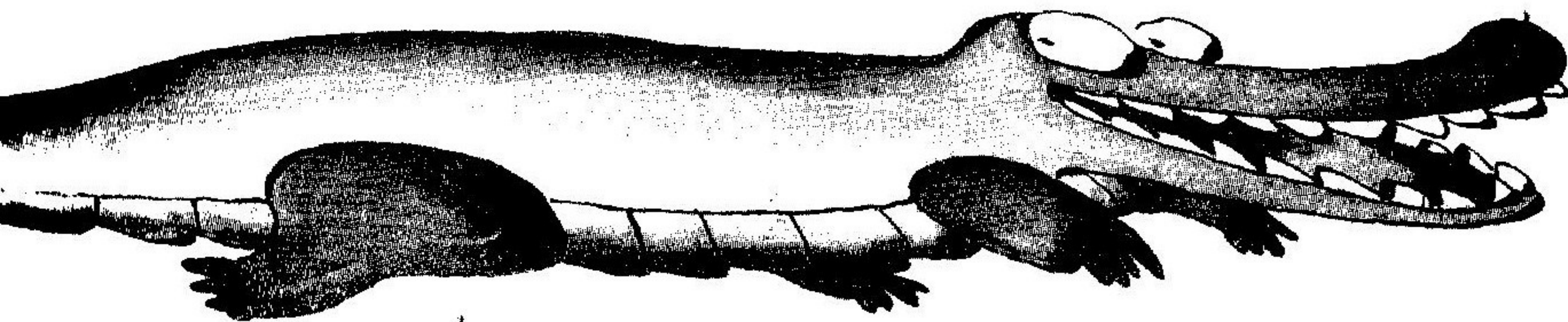
Depósito Legal B. 48153-2001

Impreso en España

Printed in Spain

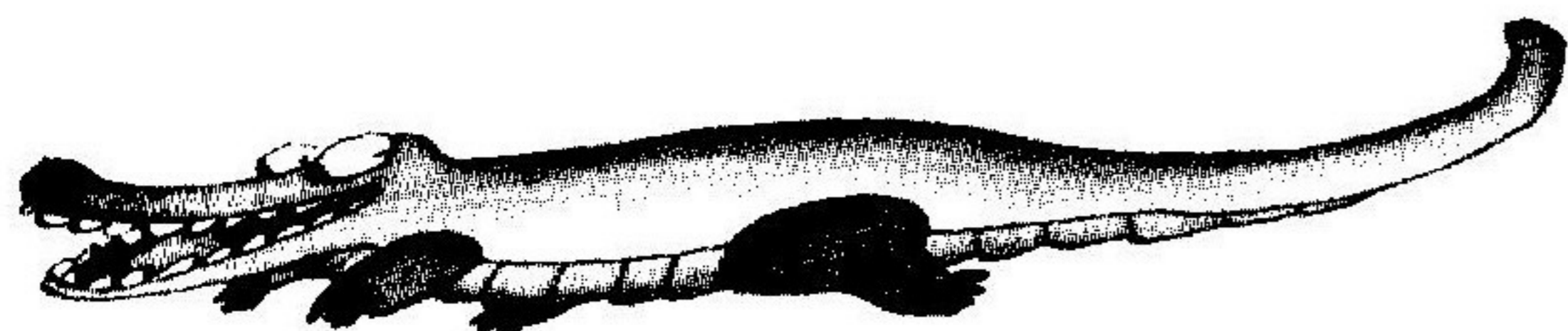
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.



Marga acaba de cumplir siete años. Vive con sus padres en una casita coqueta, a las afueras de la ciudad. Es la suya una casita blanca, con contraventanas de madera que se abren hacia afuera.

Los padres de Marga trabajan en la ciudad. Cada mañana desaparecen a toda prisa, mientras Marga se toma el desayuno. Le dan un beso en la mejilla, le hacen una serie de advertencias y cierran de golpe la puerta cuando salen, al tiempo que discuten entre ellos y hablan



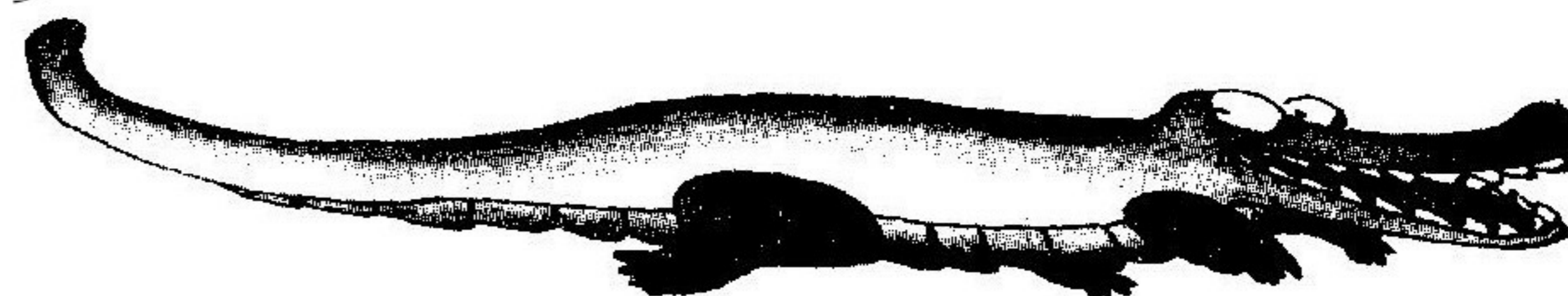
de la compra, de encargos, de trabajos, y de traer aquella herramienta que hace falta para arreglar el jardincillo.

Todos los días, antes de salir y cerrar la puerta, la madre le dice a Marga:

— Deja el tazón en el fregadero y mete los libros en la mochila. Cuando llegue la señora Marisa, que no tenga que esperarte.

La señora Marisa, sin embargo, siempre llegaba antes de que Marga estuviese lista para ir al colegio.

Marga odiaba el colegio. No le gustaba nada de nada. La maestra era una mujer joven. Siempre contaba a sus alumnos cuentos y les enseñaba muchas canciones. A veces las canciones eran

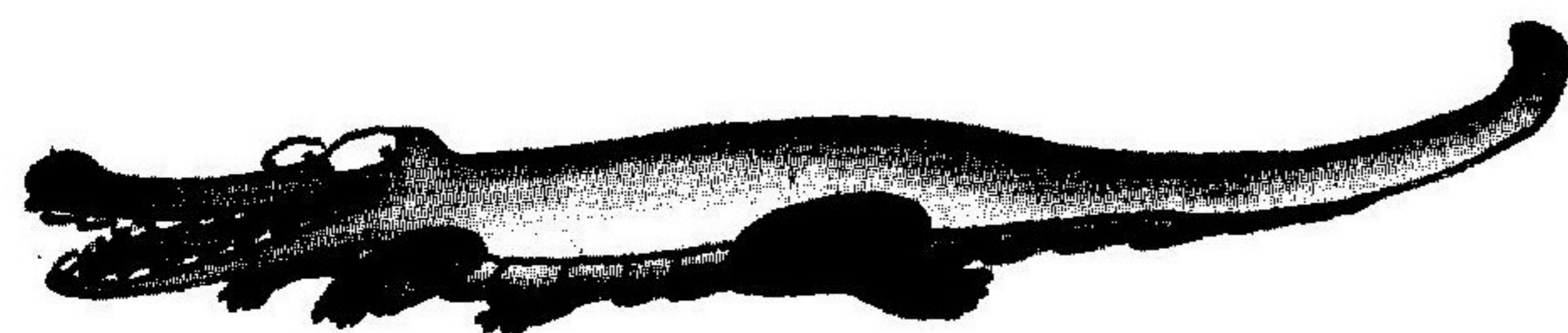


cuentos, de ésos que se explican con las manos, con los brazos, con las piernas, con las orejas y con todo el cuerpo. Canciones como ésta:

En lo alto del abeto
trabaja el picamadero,
trabaja y pica picando,
su mujer lo está mirando.

*Bate y rebota su pico
como nosotros las manos:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*

En el tronco del abeto
hay un nido con tres huevos,
canta la picamadera,
volando va el picamadero.

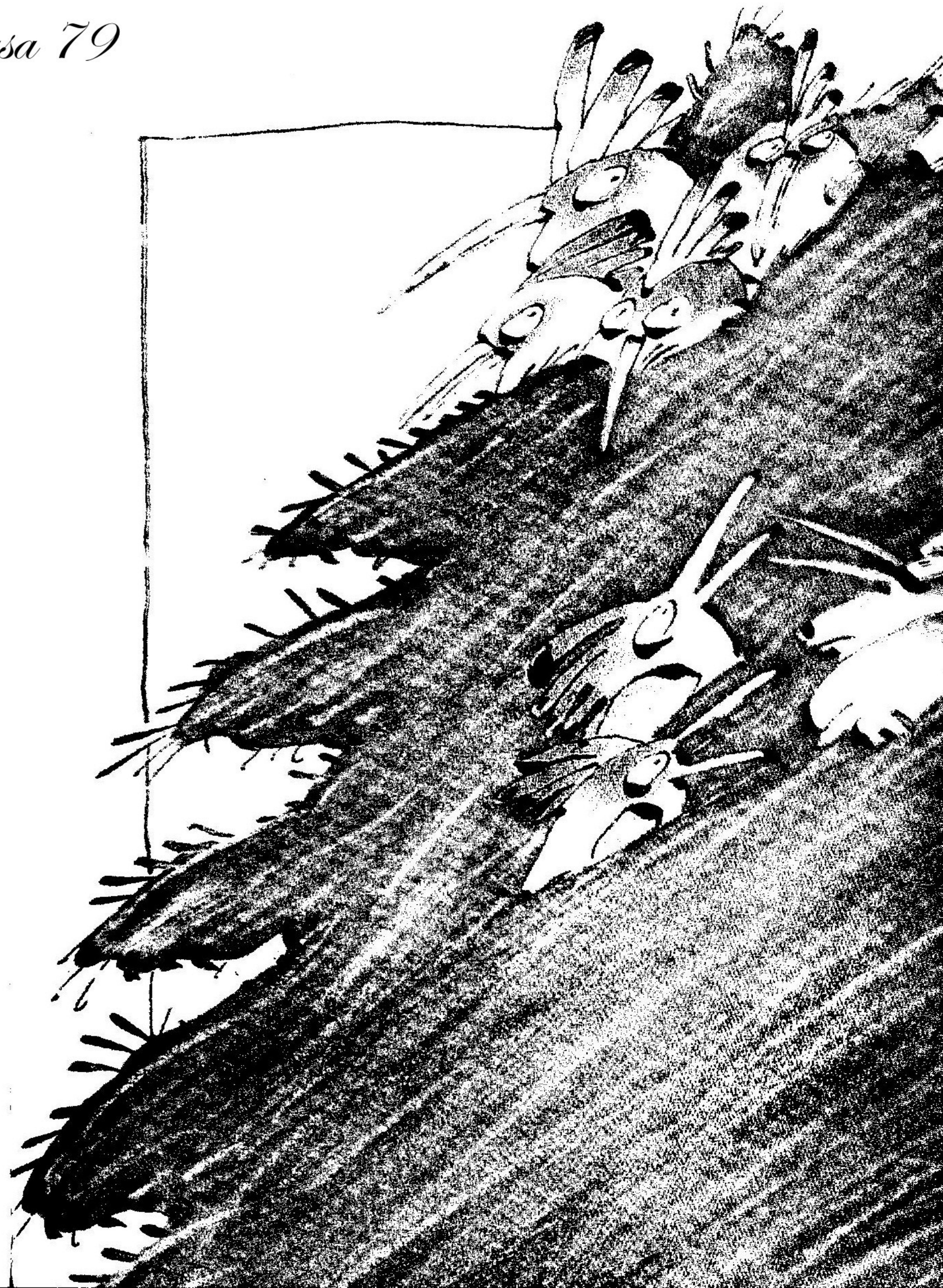


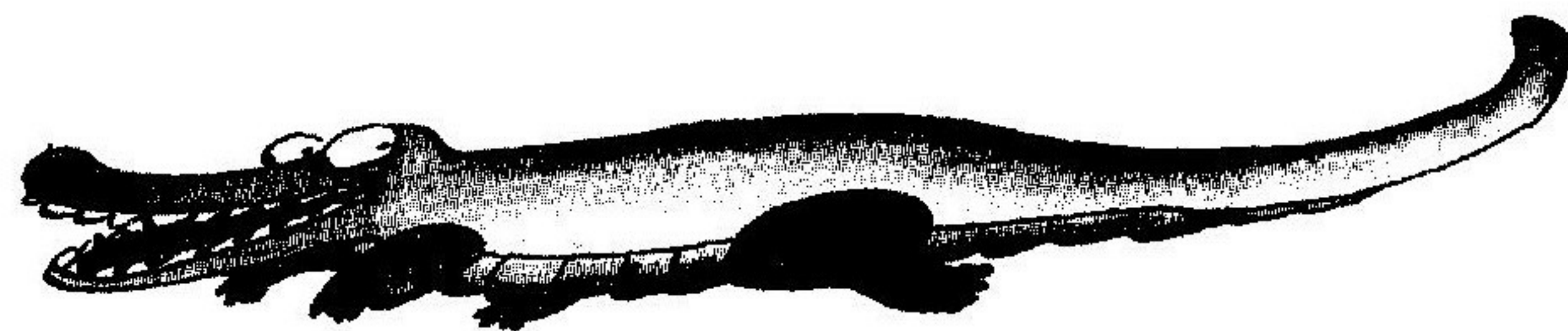
*Bate y rebota su pico
como nosotros los pies:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*

*Bate y rebota su pico
como nosotros las manos:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*

*En el nido del abeto
hay tres picamaderitos
con sus picos muy abiertos,
que tienen mucho apetito.*

*Bate y rebota su pico
como nosotros la cara:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*





*Bate y rebota su pico
como nosotros los pies:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*

*Bate y rebota su pico
como nosotros las manos:
plisplás, cataplás, plisplás,
bate que te batirás.*

Así cantaban y reían los niños hasta cansarse. Añadían nuevos golpes en cada estribillo: en la nariz, en el pecho, en las orejas... Y repetían en cada vuelta un elemento nuevo sin equivocarse.

Pero Marga, que había aprendido a leer con muchas dificultades, no lo pasaba bien en el cole. Estaba deseando que

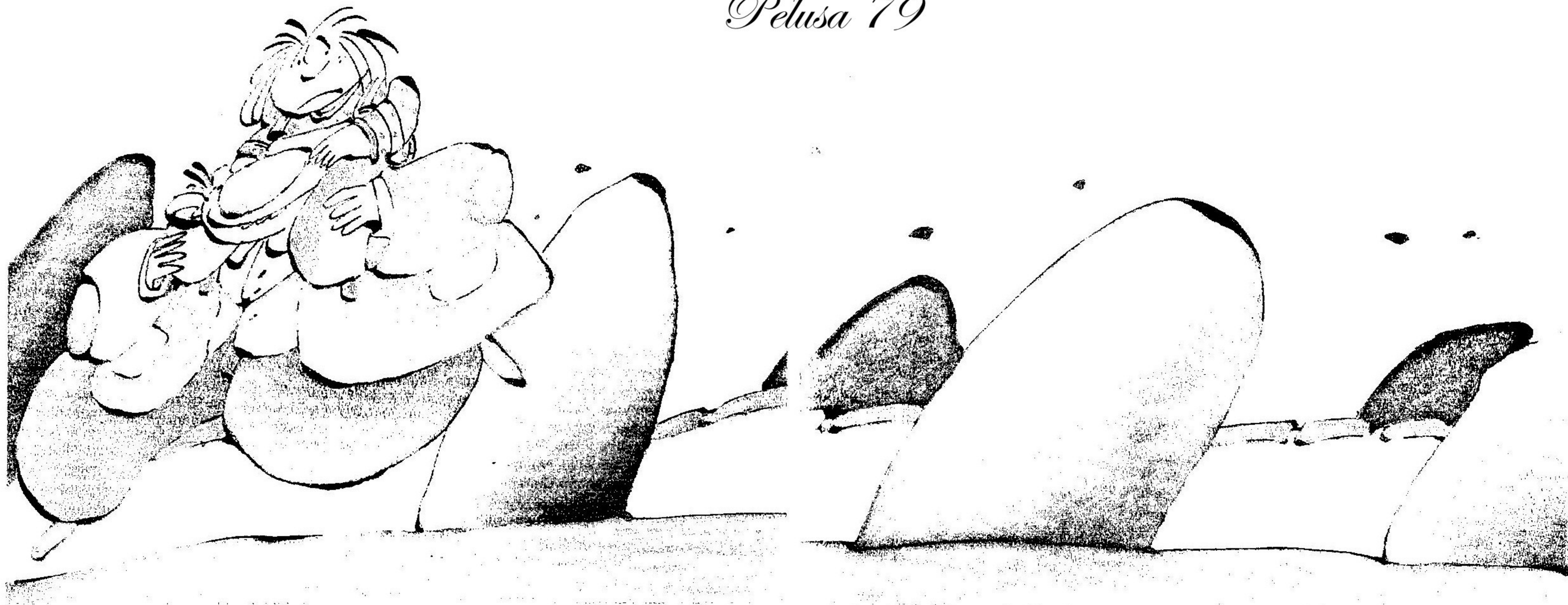


se terminase la jornada para que la señora Marisa la llevase de regreso a casa.

Hubo un tiempo en que era su madre la que venía a buscar a Marga. Pero ahora, desde que empezó a trabajar en la oficina nueva, nunca viene. Viene siempre la señora Marisa.

Ya en casa, Marisa le da la merienda y la pone a escribir, a dibujar, a hacer sumas... A Marga las horas se le hacen larguísimas hasta que llegan sus padres.

Es el gran momento de Marga. Su padre, que se llama Luciano, hace todos los días las mismas cosas. Con sus manos poderosas y firmes levanta a la niña y se la pone sobre los hombros, con las piernas alrededor del cuello.



— ¡Arre, arre, caballito...!

Y el padre sale con ella al jardín, a grandes zancadas, dando saltos, siempre diciendo las mismas cosas:

— ¡Sujétate, sujétate bien! ¿Qué me cuenta mi niña?

Luciano se sienta delante de la puerta de casa, coloca a Marga encima de

sus piernas, la sujeta por las manos y, mientras trota con sus pies sobre el suelo, le pregunta de nuevo:

— ¿Qué? ¿Qué me cuenta mi princesita?

Marga no le cuenta nada. Ella quiere hacerlo, pero su padre nunca le deja tiempo. A ella le gustaría decirle: «En el



cole me acordaba de ti y de mamá», pero cuando empieza a decir algo, siempre, siempre ocurre...

— Papá, en la escuela me acordé...

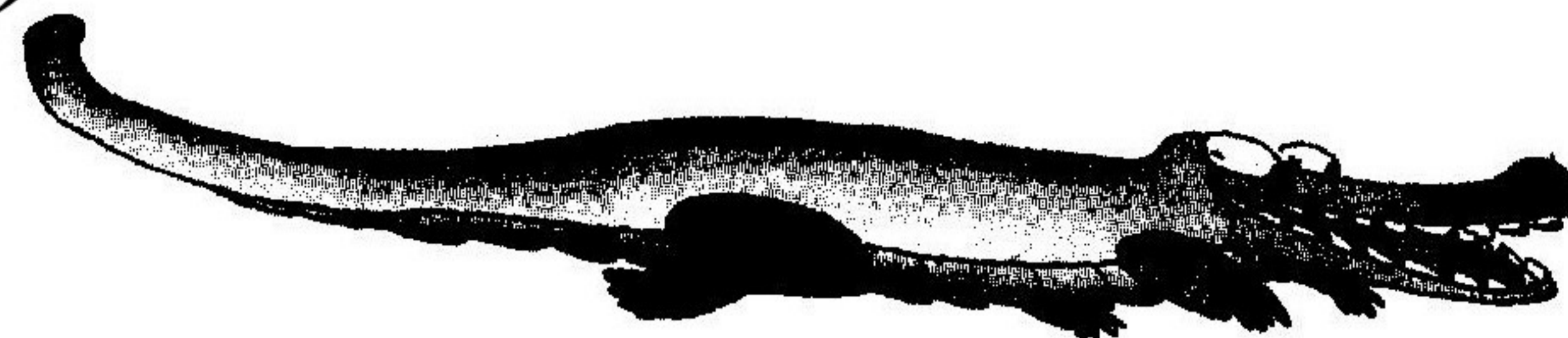
— Bueno, ya me lo contarás luego, ¿eh?

El padre la ayudaba a desmontar y, de la mano, la llevaba junto a su madre.

— Mari, te toca a ti.

Luciano se encerraba en una habitación donde tenía muchos libros y una mesa con un ordenador. Marga tenía prohibido entrar allí. Y su padre ya no estaba visible hasta la hora de la cena.

Mari le pedía a Marga que la ayudase a preparar la cena. La niña iba poniendo los platos en la mesa, luego los vasos, los cubiertos y las servilletas. A

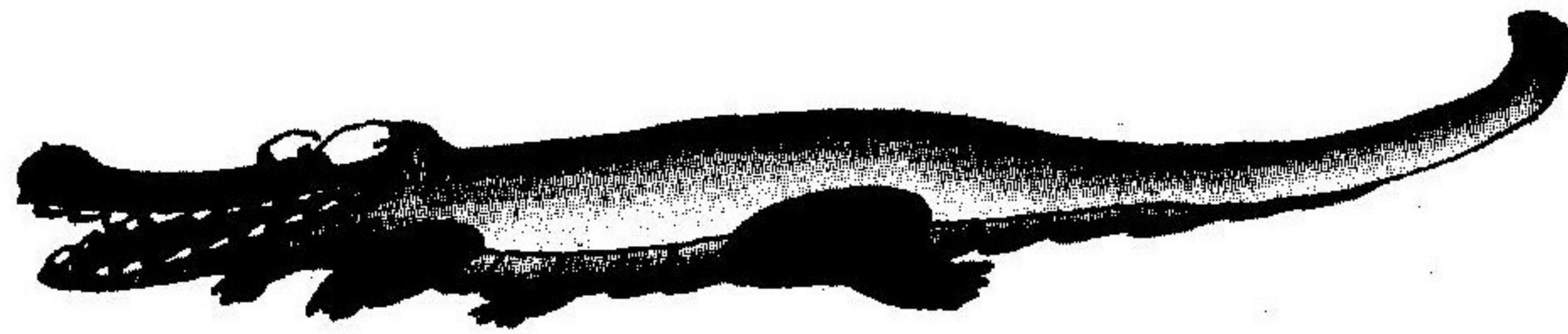


Marga le encantaba estar con Mari en la cocina, trabajando. Cuando ya estaba lista la cena, Mari le leía a Marga algún cuento.

Así transcurrían los días de Marga. Todos los días parecían iguales. Levantarse, desayunar, sus padres saliendo a todo correr, cerrando de golpe la puerta al salir, el beso en la mejilla y los avisos de su madre:

— Deja el tazón en el fregadero y mete los libros en la mochila. Cuando llegue la señora Marisa, que no tenga que esperarte.

Y después Marisa, las horas interminables en el colegio, Marisa otra vez, la merienda en casa, el paseo por el jardín



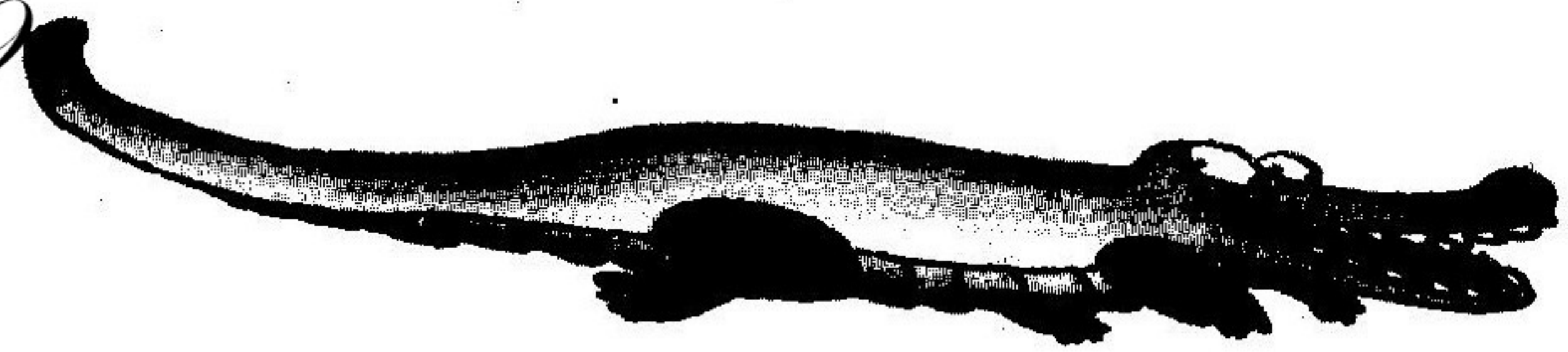
a caballito de su padre, el cuento de su madre, la cena, la cama.

Pero un día todo cambió...

* * * *

La única cosa del colegio que le gustaba a Marga eran las láminas de animales. Un día por semana, la maestra les repartía libros para leer. Marga elegía un librote grande, que siempre tenía que apoyar, porque pesaba mucho y no le cabía entre las manos.

Aquella tarde estaba mirando las fotografías de las enormes fieras de la selva africana. Cuando se acabó la hora y la maestra ordenó recoger, Marga escondió el librote grande de las fieras entre sus libros. No lo repuso en el estante

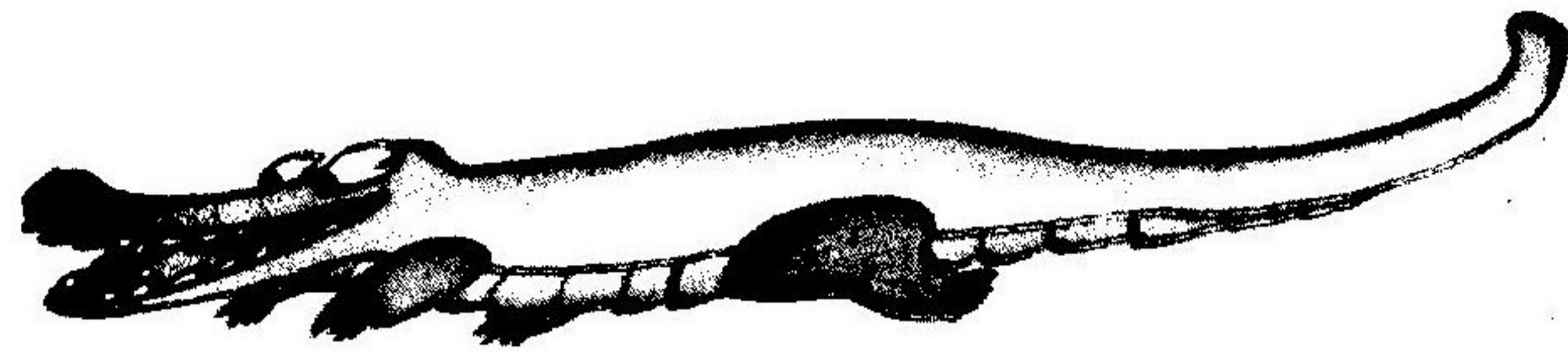


de la biblioteca. Lo guardó. No le dijo nada a la maestra y, para que no la descubriese, lo cubrió con la bufanda, porque el libro era demasiado grande y no cabía del todo dentro de la mochila.

Ya de vuelta en casa, recibió la merienda de manos de Marisa, como siempre, y se encerró en su habitación. Colocó encima de la cama el librote de las fieras, abierto de par en par. Se sentó al lado del libro. Las miguitas del pan caían sobre las láminas de los animales. Marga las separaba hacia un lado. Y entonces pasó lo que pasó...

* * * *

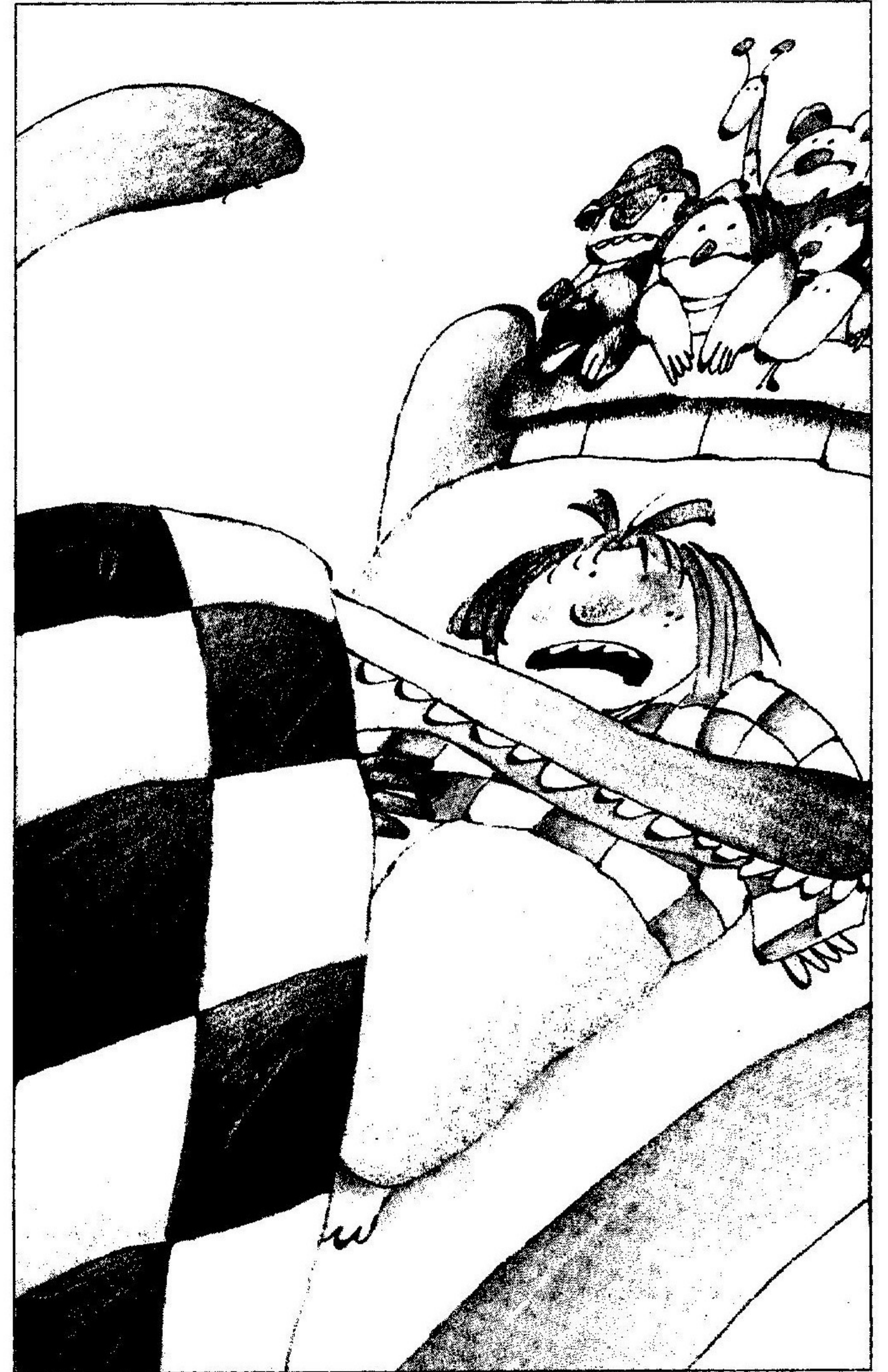
La lámina representaba un gran cocodrilo. Estaba en la orilla del agua, con sus



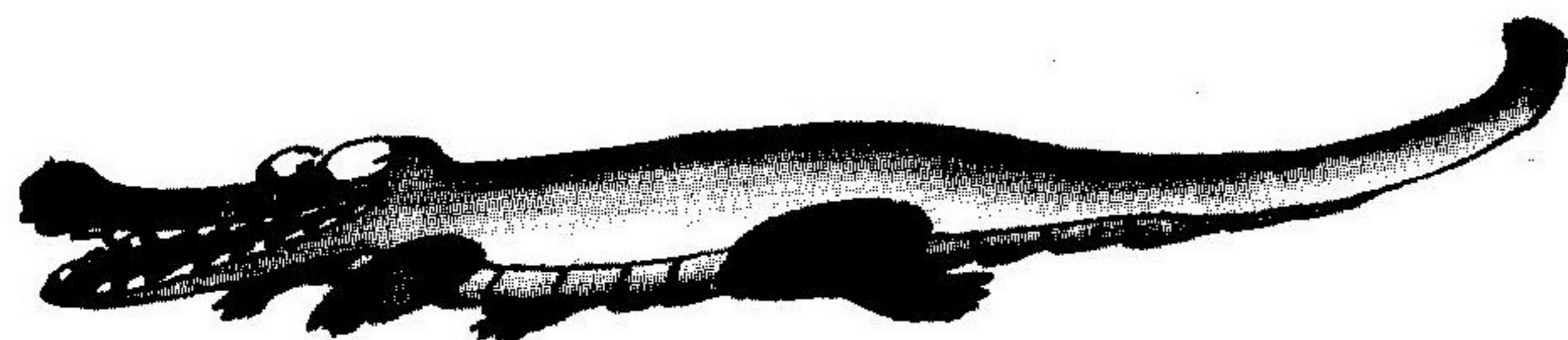
inmensas fauces abiertas. Una miga de pan le cayó justo entre los enormes colmillos. Marga quiso limpiar la hoja y sacudir aquella miguita de pan, pero el cocodrilo cerró la boca. Y después movió el rabo, como si el pan le supiese a gloria.

Marga saltó fuera de la cama como un rayo. Sus ojos estaban prisioneros en la lámina. Allí estaba el cocodrilo, en el librote, encima de la cama. Movía el rabo, lo movía despacito. Y le guiñaba un ojo.

Marga dio una vuelta alrededor de la cama para ver al cocodrilo desde otra posición. Y el cocodrilo también fue dando media vuelta. Ella lo miraba a él y él la miraba a ella. No le quitaba ojo. Lo abría y lo cerraba despacio, como si



22



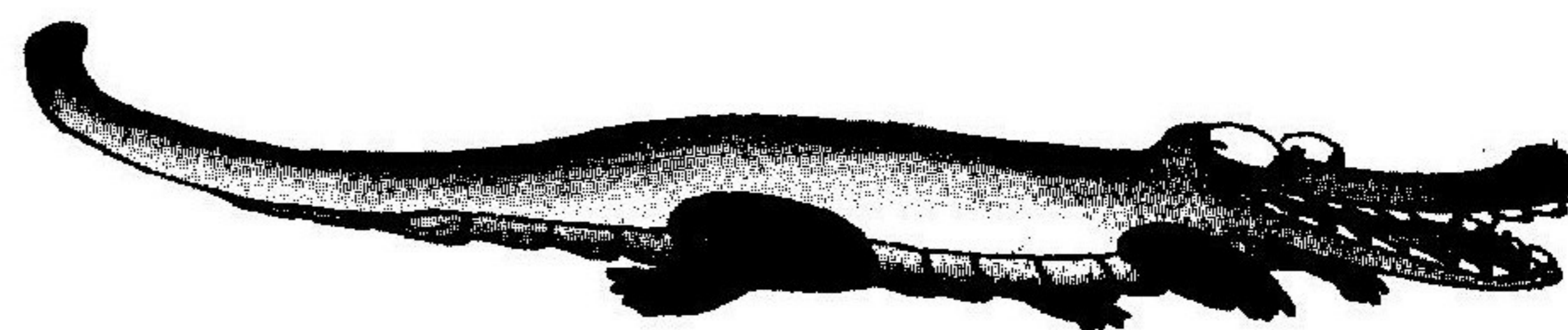
el párpado le pesase mucho, siempre mirándola. El cocodrilo se fijaba en ella, abría y cerraba un ojo, y lo hacía de tal modo que daba sueño. Y el rabo, tris-tras, de un lado al otro, como si el animal estuviese muy contento.

— ¡Marisa, Marisa...!

Marga, asombrada, echó a correr escaleras abajo. Pero Marisa ya se había marchado.

Marga no se atrevió a subir a la habitación. Cerró la puerta de la cocina. Era una puerta con recuadros de cristal. Marga pegó su mejilla y sus ojos a uno de los recuadros. El aliento de su boca empañaba el cristal y, por momentos, la niña perdía la visión del pasillo y de la escalera.

23



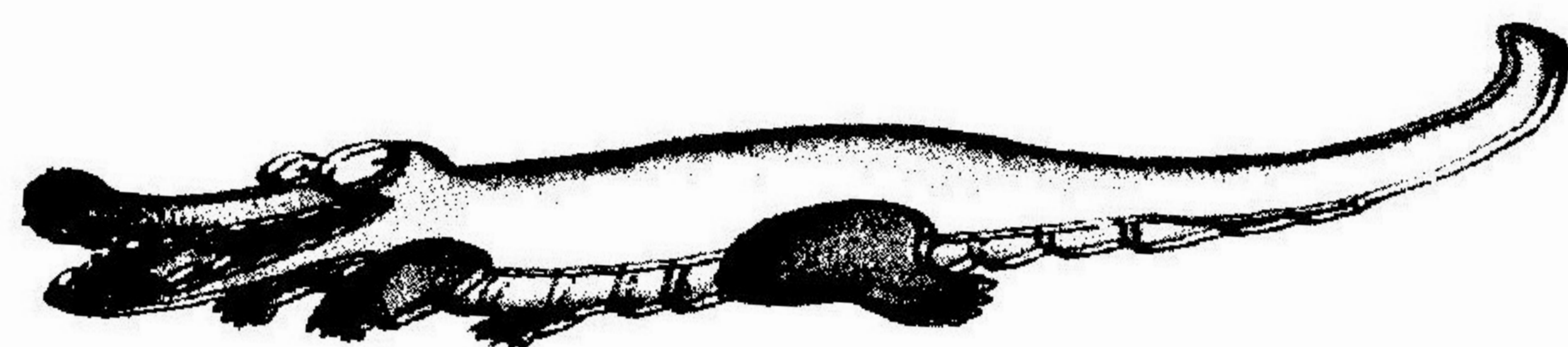
«No puede ser verdad», pensó para sí.

Oyó el runrún del coche familiar, pero no salió al jardín, como los otros días. Luciano entró en la cocina, sujetó a su hija por debajo de los brazos, la alzó y la sentó sobre sus hombros, con las piernas colgando hacia delante. Echó a correr con ella, hacia el jardín, al trote, saltando:

— ¡Arre, arre, caballito...!

— Papá, papá...

Luciano, como siempre, dio un par de cabalgadas por el jardín, con Marga sobre sus hombros. Por fin, se sentó, como siempre, en el porche, delante de la puerta. Posó sus ojos en los de Marga, mientras la balanceaba, como siem-



pre, arriba y abajo, sentada sobre sus piernas:

— ¿Qué? ¿Qué me cuenta mi princesita? —preguntó, como siempre.

— Papá, hay un cocodrilo en mi habitación.

— ¿Que hay qué...?

— Un cocodrilo.

— ¿Ah, sí? ¿Y quién te lo ha dado?

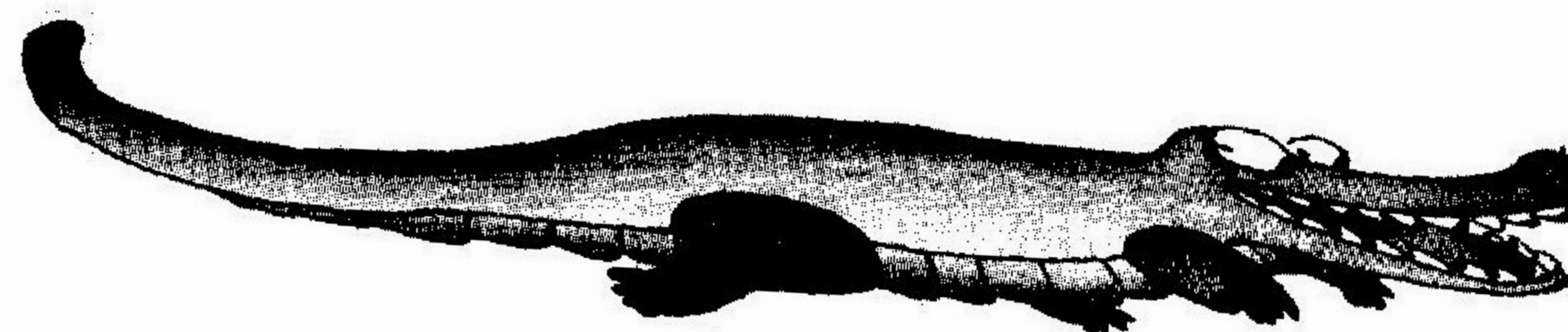
— No es un juguete. Es un cocodrilo de verdad. Está vivo.

— ¡Ja, ja, ja...!

Luciano se reía con ganas. Estaba convencido de que Marga no sabía distinguir los cuentos de la realidad.

— Así que un cocodrilo, ¿eh? ¿Y de dónde ha salido?

Y sin esperar respuesta, bajó a Mar-



ga del caballito de sus piernas y se fue a la cocina.

— Mari, te toca a ti... Por cierto, ¿sabes que Marga tiene un cocodrilo en su cuarto?

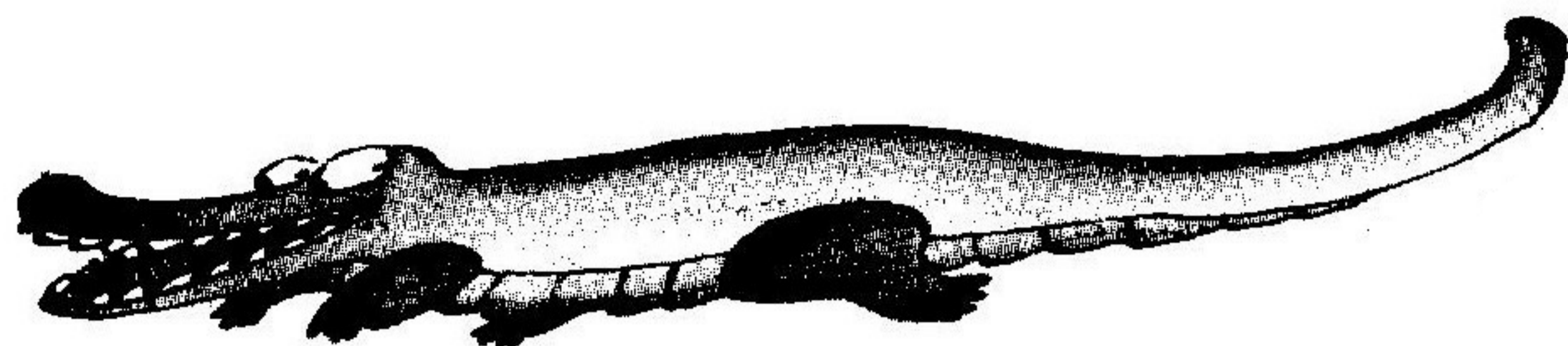
— Sí, es cierto, hay un cocodrilo en mi habitación. Está vivo. Come pan.

— ¿Dices que come pan? —se extrañó Luciano—. Los cocodrilos no comen pan —añadió, y dicho esto, se metió en la habitación del ordenador.

— Mamá, mamá, es verdad. Hay un cocodrilo en mi habitación. Está vivo.

— ¿Ah, sí? ¿Y es muy grande?

Por el tono de voz, Marga se dio cuenta de que su madre hablaba por hablar, no la tomaba en serio y no creía lo que le estaba diciendo.



— Esta noche yo duermo con vosotros, en vuestro dormitorio —dijo Marga, a punto de llorar.

— ¡Vaya! ¡Ahora comprendo! —saltó la madre—. La pequeñaja Marga quiere dormir en la habitación de sus papás...

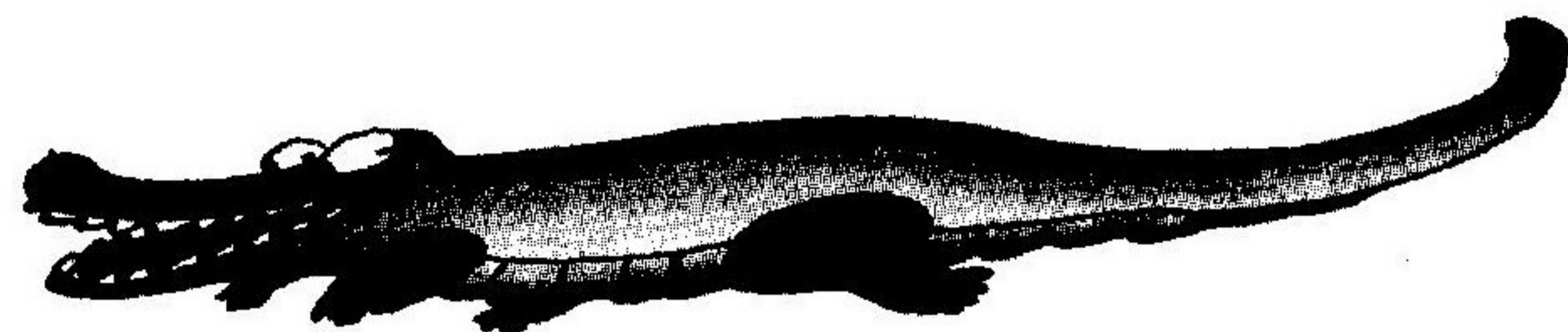
A Marga le pareció notar que su madre se enfadaba. La interrumpió:

— No, mamá... Si echamos al cocodrilo, yo duermo en mi cuarto y en mi cama. Ven conmigo, ven, anda... Ven a verlo.

— Está bien —aceptó al fin la madre—. Iremos a echar a ese cocodrilo que tanto miedo te da. Pero no hay prisa. Ahora ayúdame a poner la mesa.

Marga estaba acostumbrada a callar ante las razones de los mayores. Su





madre de momento no le hacía caso, pero ya se lo haría cuando viese al cocodrilo.

Aquel anochecer Marga tuvo la sensación de que el día y la cena duraban más tiempo que nunca. Ella se comió rápidamente su ración, pero sus padres hablaban y hablaban y no terminaban. Quiso interrumpirlos un montón de veces, pero siempre se encontró con la misma respuesta:

— Mamá, el cocodrilo come pan.

— Hijita, no seas pesada. ¿No ves que estamos hablando?

— Papá, ¿tú tienes miedo a los cocodrilos?

— Princesita, por favor. Deja hablar a las personas mayores.



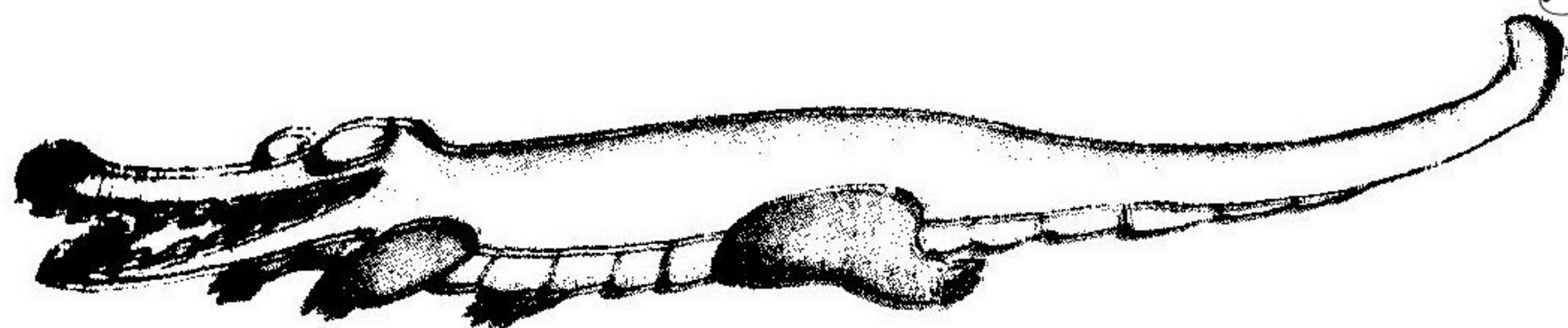
Por fin, después de cenar, después de hablar todavía de muchas cosas más, después de recoger los platos y las tazas del fregadero, después de repasar el suelo de la cocina con la escoba, después de dejar lista la cafetera para el desayuno del día siguiente, después de retirar del frigorífico unas rebanadas de merluza congelada, después de apagar la caldera del agua caliente, después de tantas cosas que a la niña le parecieron más cosas que nunca, el papá de Marga dijo:

— ¡Hala, princesa, a la cama!

Marga miró a su madre, como pidiéndole socorro.

— Marga quiere dormir en nuestro cuarto —explicó Mari.

— ¿Cómo? —se sorprendió Luciano.



Acarició con la mano la cabecita de Marga y le preguntó:

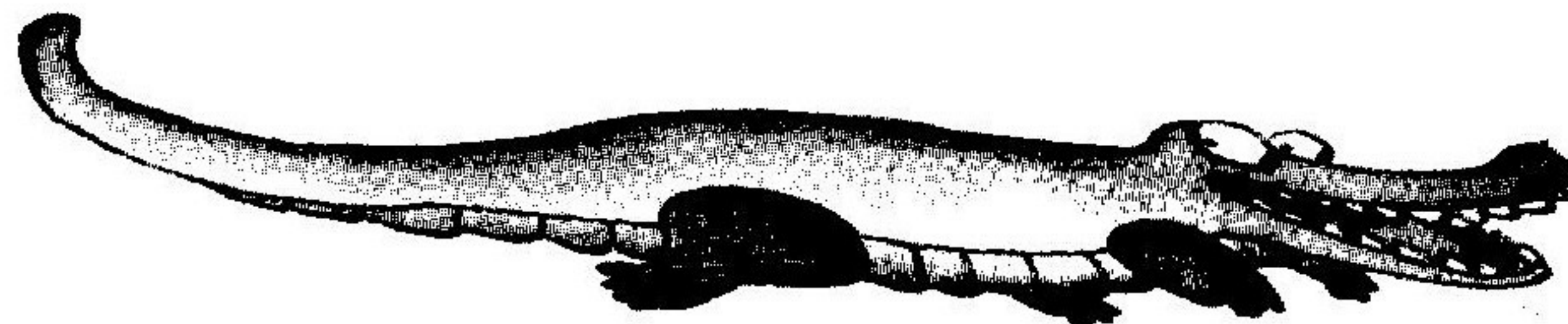
— ¿Qué te pasa, Marga? ¿Estás malita?

— No, papá. Sólo quiero que echéis fuera al cocodrilo de mi habitación.

— ¡Ah, el cocodrilo! Ya no me acordaba —sonrió el padre.

Mari y Luciano se miraron el uno al otro, como poniéndose de acuerdo. Le dieron cada uno su mano a Marga y subieron la escalera paso a paso, muy despacio, en dirección al cuarto de su hija.

Cuando abrieron la puerta, Marga, que se escondía detrás del cuerpo de su padre, no quería creer lo que estaba viendo.



— A ver, ¿dónde está ese terrible cocodrilo? —preguntó su madre, entrando toda decidida.

Luciano empezó a dar vueltas por la habitación, como si llamase a un gato:

— ¡Coco, coco, cocodrilito, ven, toma...!

Marga no sabía dónde meterse. El cocodrilo no estaba.

— Mamá, mamá, es verdad, es verdad. El cocodrilo estaba encima de la cama.

Marga se agarró mimosa al cuerpo de su madre.

— Pues ya ves, nena. En la cama lo que hay son miguitas de pan. Seguramente te quedaste dormida mientras merendabas y tuviste un mal sueño.



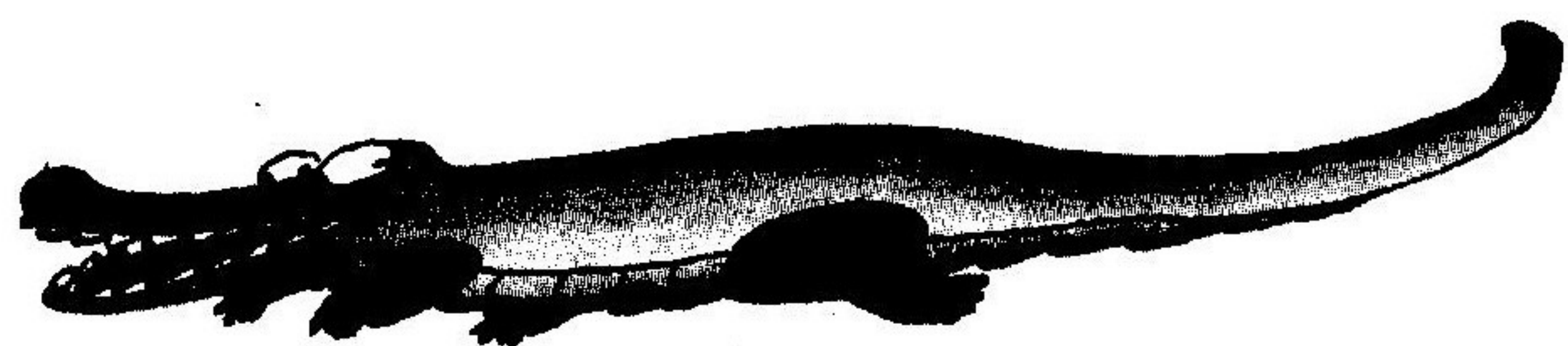
— Pero también falta el libro.

— ¿El libro? ¿Qué libro? —preguntó su padre.

Marga no quiso descubrirse. Ella había traído de la escuela un libro sin el permiso de la maestra.

— El libro que estaba leyendo hace un rato —acertó a responder.

— Bueno —dijo la madre—, ya ves que aquí no hay cocodrilo ni cosa parecida. Vamos a ponerte el pijama, que es muy tarde.



— Tengo miedo, mamá. Aquí pasa algo raro.

— No, Marga, no pasa nada. Tuviste una pesadilla, nada más.

Mari sentó a Marga en el borde de la cama y la ayudó a desvestirse. Luciano se despidió con un beso en la mejilla de su hija:

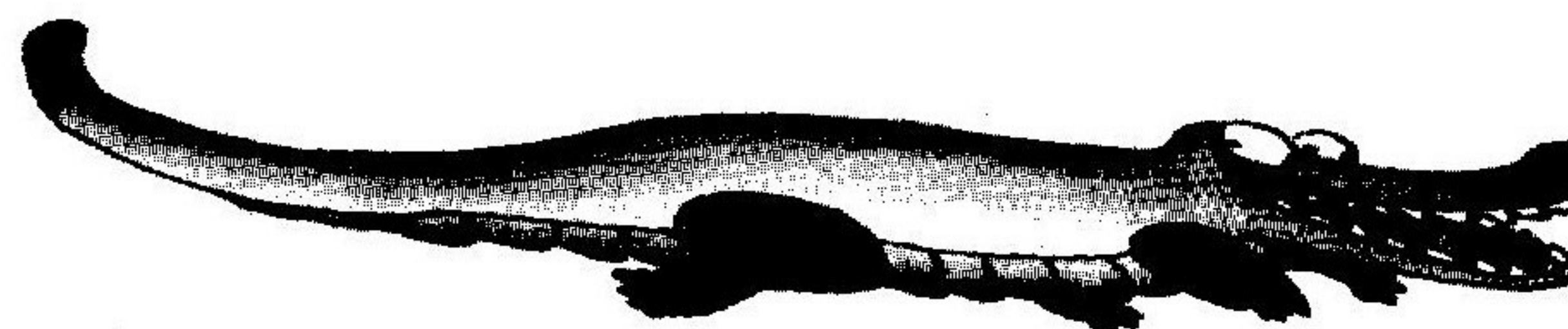
— Hasta mañana, princesita. Que duermas bien y que tengas hermosos sueños. Con ángeles, no con cocodrilos.

— Hasta mañana, papá... ¿No me dejas dormir en vuestra habitación?

La madre de Marga se irritó un poco:

— ¿Otra vez, Marga? ¡Ya no eres un bebé!

— Sí, pero vosotros dormís los dos juntos y yo siempre tengo que dormir sola.



La madre cambió de tono, le pasó la mano por la cabecita y le dijo:

— Papá y yo aún tenemos muchas cosas más de que hablar... Anda, arróptate bien, así escondidita, que te voy a leer un cuento. Ya verás qué bien vas a dormir.

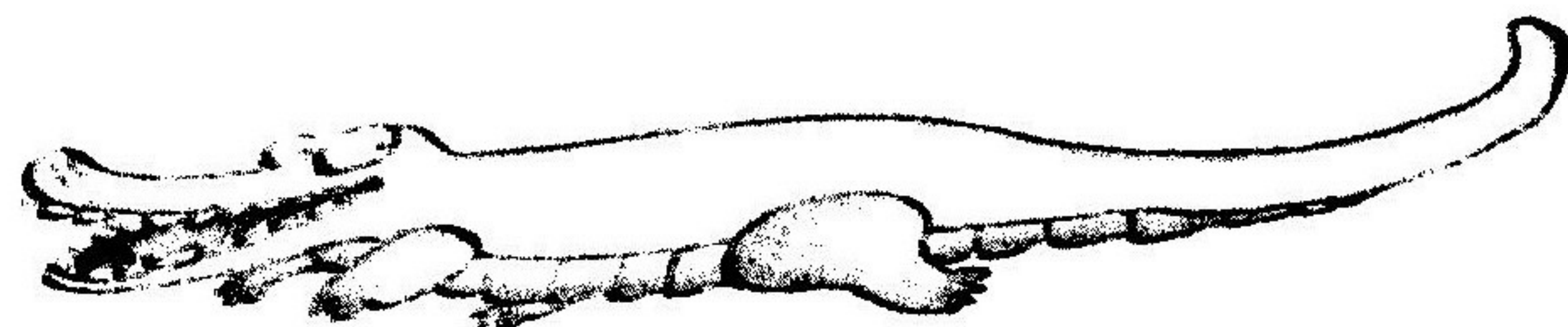
Arrullada por las palabras dulces y cariñosas de su madre, a Marga le entró sueño y durmió toda la noche.

Al despuntar el día, su madre le dio a Marga el beso con que la despertaba todas las mañanas.

Entonces...

* * * *

— Buenos días, hijita... ¿Qué? ¿Has dormido bien?



Marga sintió la piel de su madre pegadita a su cara. Le gustaba. Se negó a abrir los ojos. Pero recordó de pronto al cocodrilo y se levantó.

— ¡Eh, despacio, hija! —protestó sonriente la madre.

Marga tomó aliento. Se tranquilizó. Recordaba al cocodrilo. ¿Qué había pasado? ¿Fue un sueño? ¿Dónde estaba el libro de las fieras? ¿Qué le diría a la maestra cuando preguntase por él?

— Hijita, ¿qué te pasa? ¿Estás malita? Dime lo que te pasa, anda.

Marga miró a su madre. La vio preocupada. En la frente se le dibujaba una arruga de ansiedad. Se abrazó contra su pecho y cerró los ojos. Así, las dos sentadas en la cama, con la oreja pegada al





pecho de su madre, Marga sentía los latidos de su corazón. ¡Cuánto la quería!

La madre reaccionó:

— ¡Vamos, perezosa mía! ¡Fuera de la cama!

La madre apartó el edredón y las sábanas. Marga se calzó sus blandas zapatillas con cara de gato bigotudo y se dispuso a lavarse y desayunar. Estiró del todo los brazos, al tiempo que abría la boca. La madre se la quedó mirando y riendo.

Las cosas empezaron a transcurrir como todos los días. Mientras Marga desayunaba, los padres hablaban, discutían, se agitaban, se hacían encargos y determinaban llamarse por teléfono al mediodía.



Marga oyó a su madre que le decía:

— Deja el tazón en el fregadero y mete los libros en la mochila. Cuando llegue la señora Marisa que no tenga que esperarte.

Y, pam, golpeó la puerta al salir.

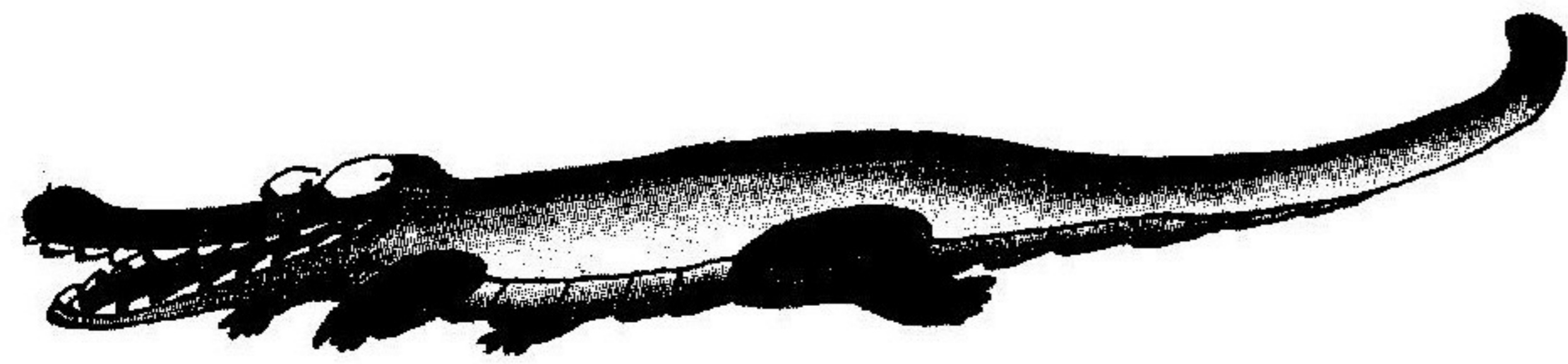
Marga dejó la taza en el fregadero y se dirigió a su habitación.

Cogió la mochila. Tenía dentro todas las cosas, tal como la había dejado el día anterior. Se acordó del libro de las fieras. De un modo casi mecánico, se arrodilló en la alfombra y echó una ojeada debajo de la cama. ¡Estaba allí! ¡Era el libro de las fieras!

— ¡Marga, Marga! ¿Dónde estás?

Era la señora Marisa que la venía a buscar.

40



— ¡Aquí, estoy aquí! —se apresuró a responder Marga.

Marisa subió. Al entrar en la habitación vio a Marga arrodillada en la alfombra.

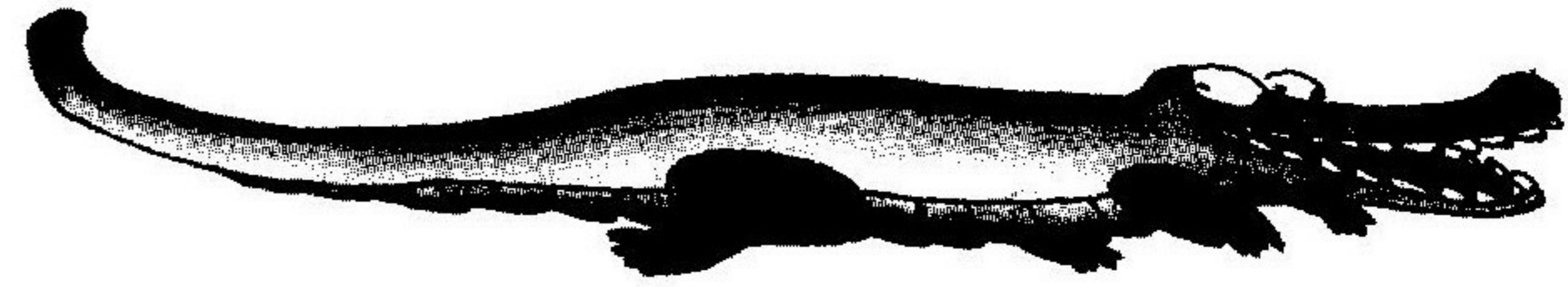
— ¿Qué haces? ¡No te entretengas, que vamos a llegar tarde!

— Marisa, por favor, alcánzame ese libro grande que está debajo de la cama.

Marisa se agachó al lado de Marga. Extendió el brazo y recogió el librote. Se lo metió en la mochila. La ayudó a ponerse el anorak. Y salieron para la escuela.

Marga pensó que la maestra la iba a regañar por llevarse a casa sin permiso el librote de las fieras. La maestra bromeó con ella:

41



— ¡Bravo, Marga, muy bien! Ya te irás convenciendo de que los libros no muerden.

* * * *

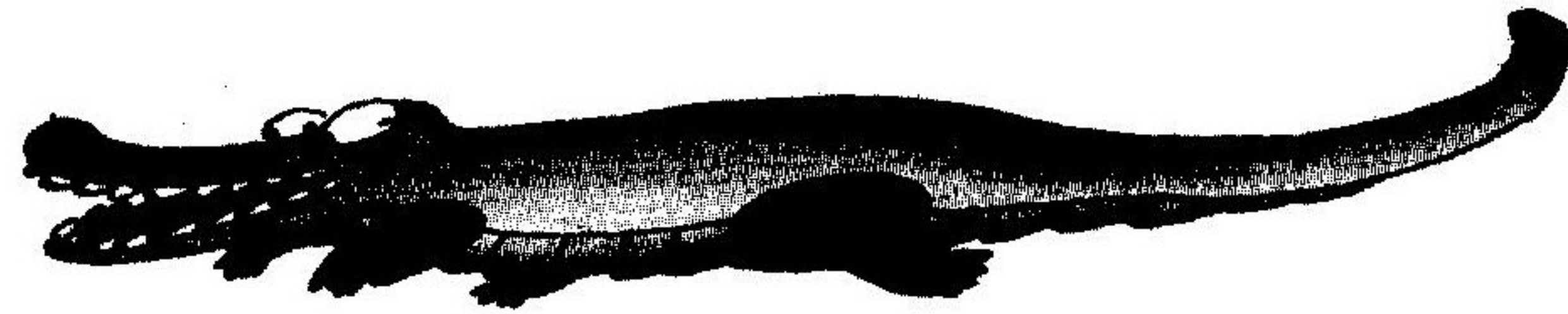
Pasó mucho tiempo antes de que Marga volviese a sentir ganas de mirar de nuevo las fieras africanas del librote grande. El primer día que se decidió a cogerlo del estante, fue directamente a la lámina del cocodrilo.

¡No estaba allí! Le faltó tiempo para avisar a la maestra:

— Profe, a este libro le falta una hoja.

— A ver, a ver... Pues sí, tienes razón, Marga. Aquí falta una lámina. ¡Qué cosa tan rara!

Aquel día por la tarde, el regreso a



casa, de la mano de la señora Marisa, fue rápido. Marga ardía por llegar a su habitación. Sabía que el cocodrilo estaba allí. ¡Tenía que estar allí! El cocodrilo se había escapado del librote grande.

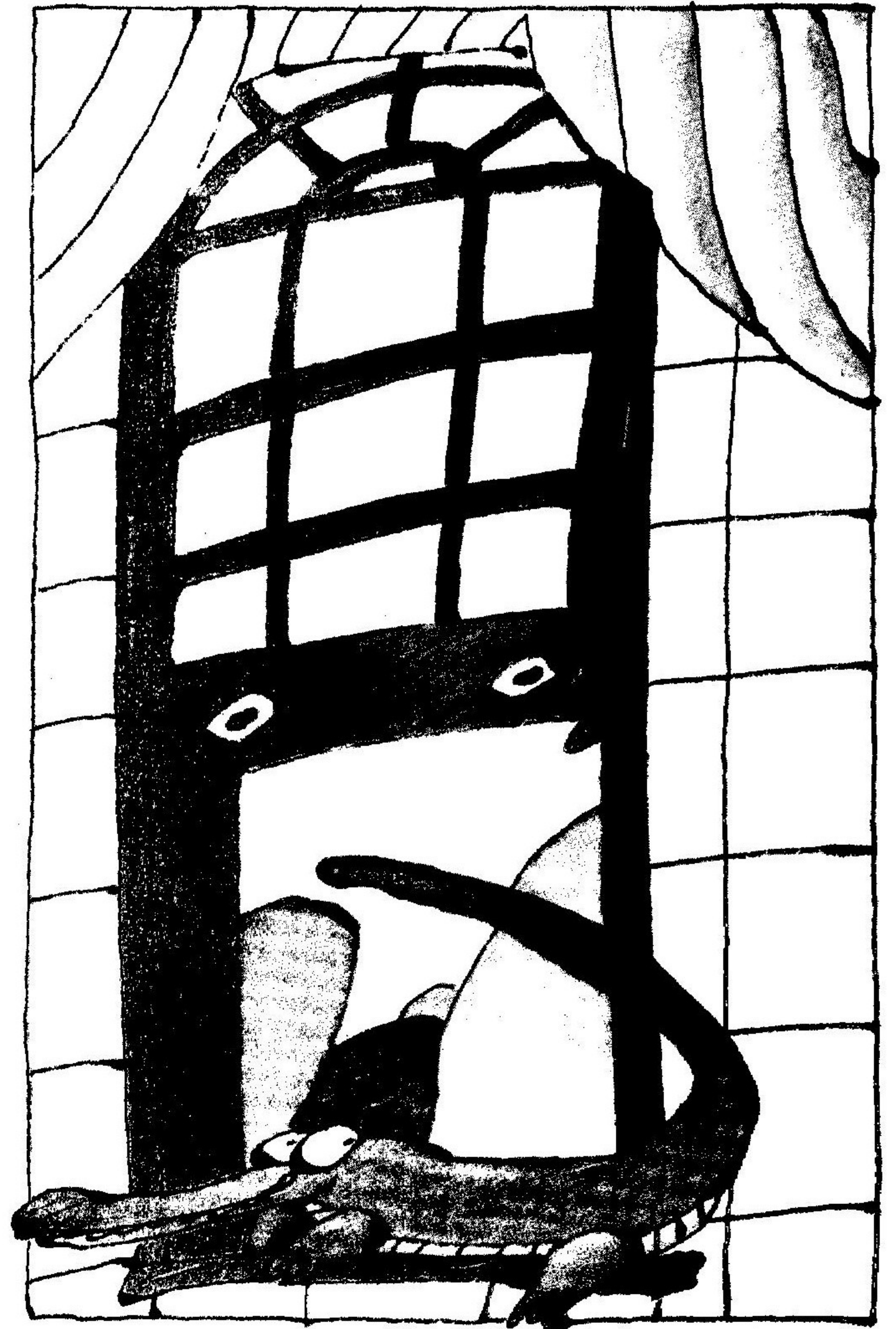
— Marisa, por favor, sube conmigo, ven.

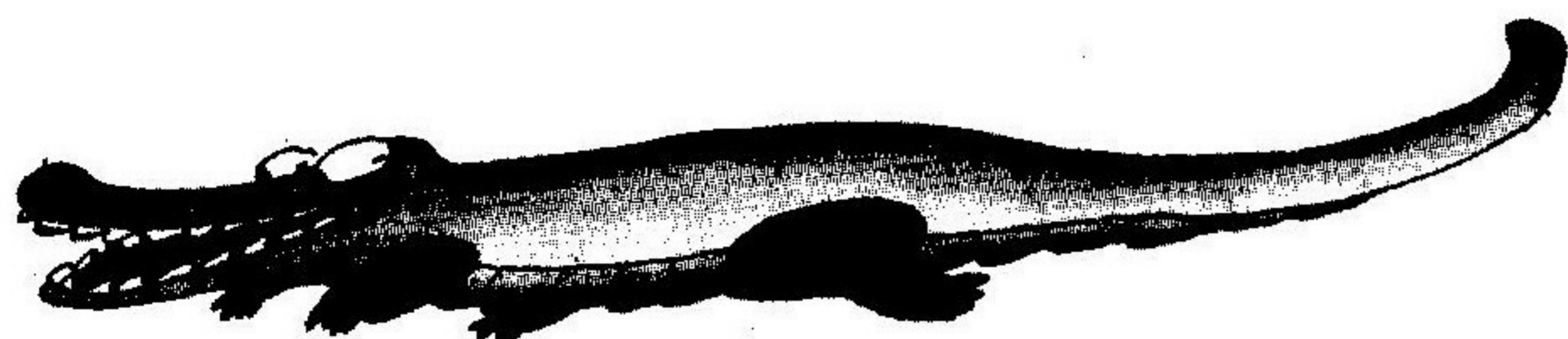
— Déjame, Marga. Tengo que prepararte la merienda.

— Sube conmigo a la habitación. Un momentito, sólo... ¡Mira!

Ya no era necesario subir a la habitación. El cocodrilo estaba allí, en el alféizar de la ventana de la cocina.

— ¿Qué te pasa? —dijo la señora Marisa con cierto asco—. ¿Nunca has visto un lagarto?





— No es un lagarto. Es mi cocodrilo, que se escapó del librote grande.

La señora Marisa se echó a reír, pero no dijo nada. Marga cogió un pedacito de pan, lo desmenuzó entre los dedos y salió al jardín.

La señora Marisa se quedó muda de asombro. ¡Marga le daba de comer a un lagarto!

* * * *

Así empezó una larga amistad entre el cocodrilo del librote grande y aquella niña, Marga. Antes de salir para la escuela, y también al regresar, Marga se entretenía con su amigo en el jardín. Hablaba con él. Y él meneaba el rabo: tris-tras, tris-tras.

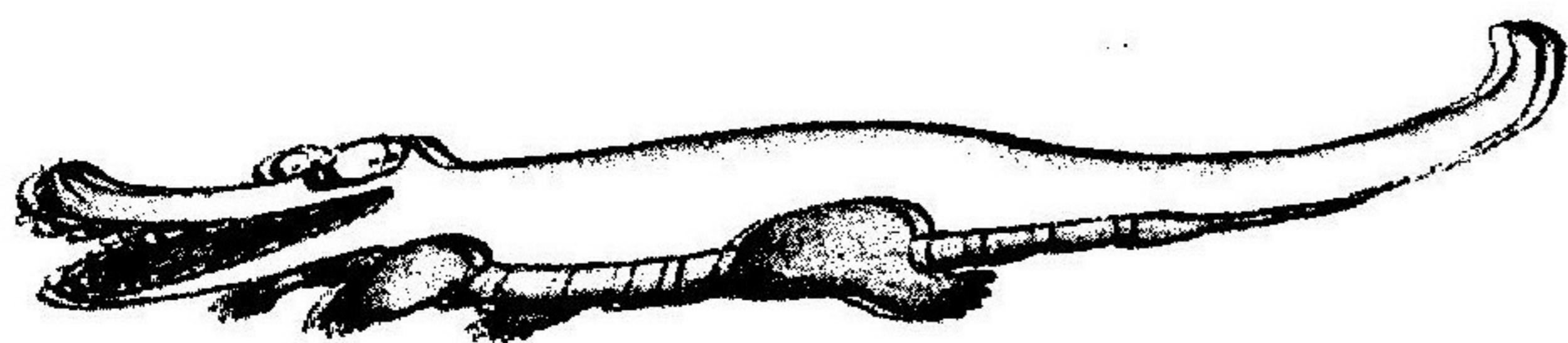


Tengo yo en mi jardín un cocodrilo pequeño, que come pan de mi mano y mueve el rabo con genio.

El rabo del cocodrilo apuntó a la derecha; apuntó a la derecha el rabo del cocodrilo.

Tengo yo en mi jardín un cocodrilo muy grande, que come pan de mi mano y siempre queda con hambre.

El rabo del cocodrilo apuntó hacia la izquierda; apuntó hacia la izquierda el rabo del cocodrilo.

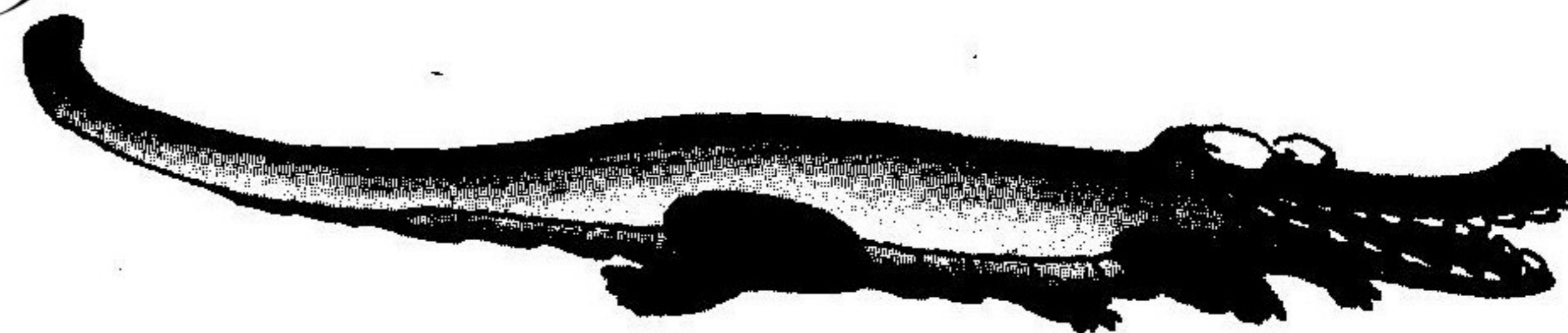


*El rabo del cocodrilo
apuntó a la derecha;
apuntó a la derecha
el rabo del cocodrilo.*

*Tengo yo en mi jardín
un cocodrilo muy raro:
siempre que juego con él
no para de darle al rabo.*

*El rabo del cocodrilo
apuntó hacia las nubes;
apuntó hacia las nubes
el rabo del cocodrilo.*

*El rabo del cocodrilo
apuntó hacia la izquierda;
apuntó hacia la izquierda
el rabo del cocodrilo.*

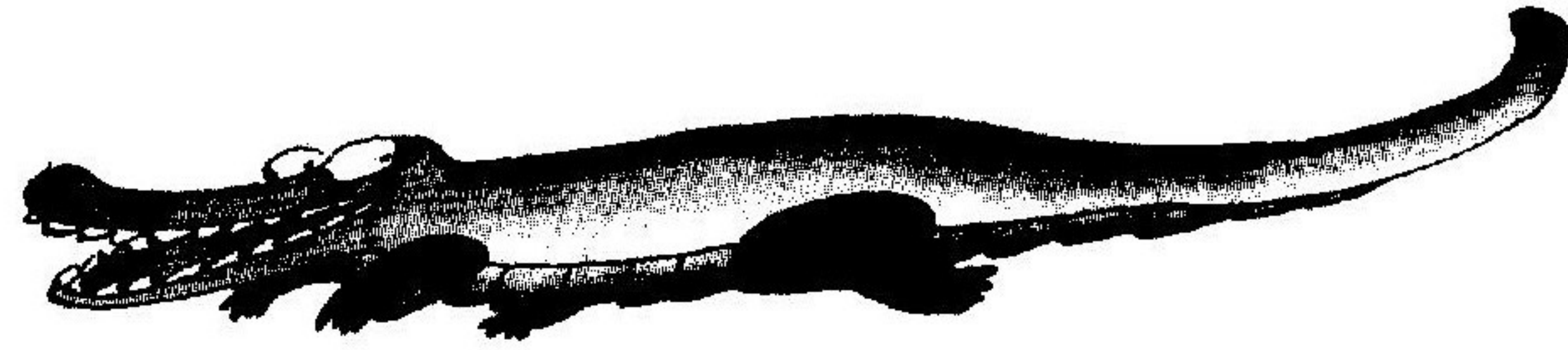


*El rabo del cocodrilo
apuntó a la derecha;
apuntó a la derecha
el rabo del cocodrilo.*

*Tengo yo en mi jardín
un cocodrilo muy listo;
que mueve el rabo al compás,
como mi tío Calixto.*

*El rabo del cocodrilo
apuntó hacia abajo;
apuntó hacia abajo
el rabo del cocodrilo.*

*El rabo del cocodrilo
apuntó hacia las nubes;
apuntó hacia las nubes
el rabo del cocodrilo.*

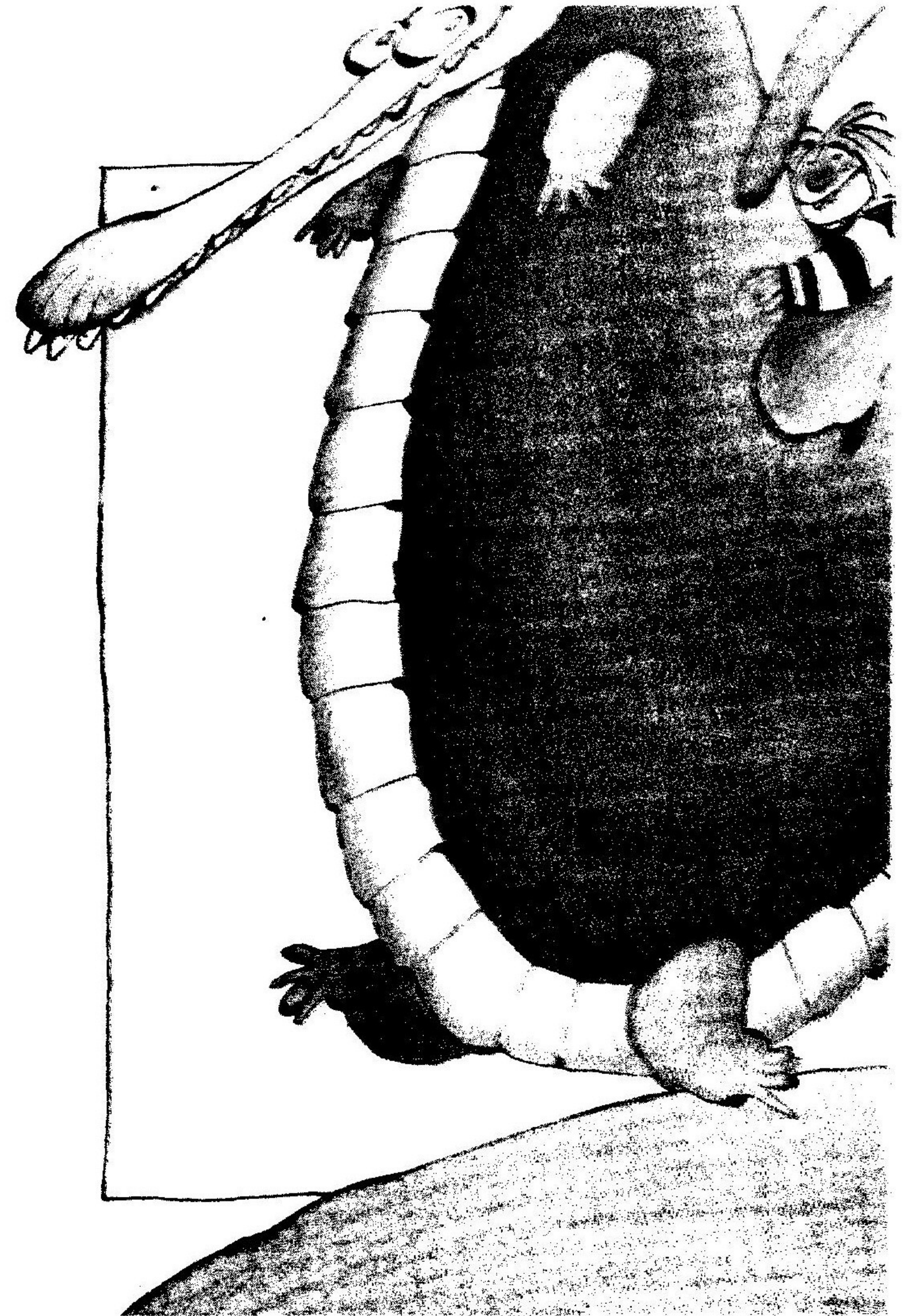


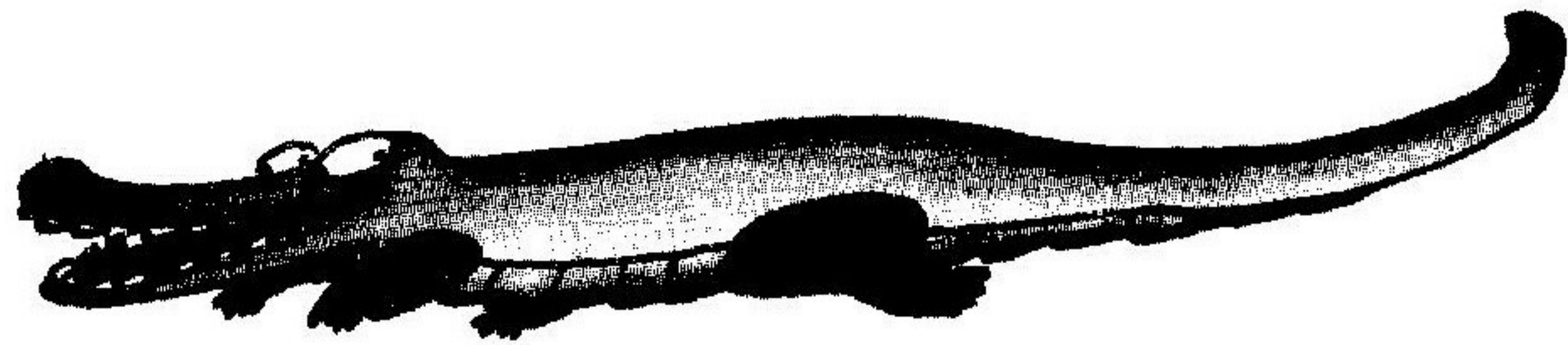
*El rabo del cocodrilo
apuntó hacia la izquierda;
apuntó hacia la izquierda
el rabo del cocodrilo.*

*El rabo del cocodrilo
apuntó a la derecha;
apuntó a la derecha
el rabo del cocodrilo.*

El cocodrilo cambió la vida de Marga.
El corazón de la niña se llenó de alegría.
Empezó a gustarle asistir a la escuela.
En muchas ocasiones era la madre, no
la señora Marisa, quien la iba a recoger.

Todos los sábados se reunía con sus
amigos en el jardín de casa y cantaban
juntos al compás del rabo del cocodrilo,





saltando hacia la derecha, hacia la izquierda, arriba y abajo. El que se equivocaba quedaba eliminado. El cocodrilo, a veces, cambiaba de compás, y movía el rabo hacia la derecha cuando tocaba girar a la izquierda, y avisaba a Marga guiñándole el ojo. Todos se equivocaban menos ella.

Y siempre que Marga mira las láminas de animales, les toca el rabo con el índice, por ver si quieren escapar de allí e ir a vivir a su jardín, con su amigo el cocodrilo.

Colección TUCÁN
(Últimas publicaciones)

17. Terrance Dicks. *Sally Ann. La fiesta de la escuela* (Serie Azul).
18. Jordi Sierra i Fabra. *El espejo del futuro* (Serie Verde).
19. Antonio Manuel Fabregat. *Cuentos para dormir a la abuela* (Serie Verde).
20. Joyce Dunbar. *Software y el arte de hacer media* (Serie Verde).
21. Ricardo Alcántara. *La pata Paca* (Serie Azul).
22. Maite Carranza. *Mauro Ojos Brillantes* (Serie Azul).
23. Jacqueline Wilson. *Babatracio* (Serie Verde).
24. Gabriel Janer Manila. *Acuérdate de los dinosaurios, Ana María* (Serie Verde).
25. M^a Teresa Aretzaga. *Rana por un día* (Serie Azul).



TUCÁN



edebé

A PARTIR DE 6 AÑOS

LA ÚNICA COSA del colegio que le gustaba a Marga eran las láminas de animales. Por eso, aquella tarde se llevó a casa el librote grande de las fieras. Al fin y al cabo, sólo era un libro...

